

MUESTRARIO DE CRISTIANOS



EL QUE LLORA



Sin ser técnicamente un llorón es de los que han tenido que sufrir y soportar lo suyo. Y él insiste en que lo suyo porque no se tiene por ningún «varón de dolores» (Is 53), llamado a llevar las cargas ajenas. La vida, sin machacarle especialmente, tampoco le ha ahorrado contrariedades ni sufrimientos.

Así que él se tiene sólo por uno más entre los que lloran. En su pueblo dicen que «la risa va por barrios» para decir que a cada cual le llega su hora. De reír y de llorar, naturalmente.

Su peculiaridad es que se considera en la dinámica de las bienaventuranzas. El que llora es un cristiano de larga vista. Sabe que, si ahora le toca llorar, luego vendrá el reír. Y sabe -¡cómo no!- que la experiencia funciona también al contrario: que al que ahora ríe luego le tocará llorar. Lo dicen las bienaventuranzas (Lc 6,21-26). Y lo olvidan muchos cristianos miopes que ignoran o descuidan el vaivén entre el aquí y el allí, entre el ahora y el después.

El que llora no llora, pues, en virtud de una filosofía senequista ni de un razonamiento determinista. Su llanto es de raíz netamente evangélica. Llorar, es decir, acepta de buen grado el sufrimiento del Maestro. Como una participación -más bien modesta- en su cruz (Mc 8,34).